

Gabi y Brisna, los guardianes



ÍNDICE

1. La llamada de la Guardia Azul
2. El faro dormido de Finisterre
3. Misión en la Alhambra
4. El tren de los secretos
5. La cueva que canta
6. Vientos de arena en Maspalomas
7. El enigma de la Ciudad de las Artes y las Ciencias
8. Colores en el Parc Güell
9. El secreto del Estrecho
10. El último vuelo: Ceuta y Melilla

Capítulo 1. La llamada de la Guardia Azul

Gabi ya tenía diez años y cada día se parecía un poco más a un verdadero guardián.

Sus mañanas comenzaban con tres rutinas que lo hacían sentir fuerte y tranquilo.

Primero movía el cuerpo con unas flexiones, estiramientos y saltos suaves.

Después practicaba la respiración de artes marciales, inspirando profundo, sosteniendo el aire y soltándolo despacio, como le enseñó su maestro de judo.

Por último, se asomaba al balcón para mirar el cielo y escuchar a los pájaros, porque siempre decía que el mundo siempre habla, solo hay que aprender a escucharlo.

Después abría su cuaderno de guardián. No era un cuaderno cualquiera: cada página guardaba recuerdos de sus misiones junto a Brisna.

Había dibujado una ola azul para recordar un rescate en el mar, una mariposa de colores por el bosque donde ayudaron a unos excursionistas y un farol amarillo por aquella noche en la que guiaron a un barco hasta el puerto.

En la primera página había escrito su lema: «Un guardián escucha, ayuda y deja huella».

Brisna, el dragón de escamas verdes y alas suaves, lo observaba mientras se desperezaba en el balcón.

Ya no era la criatura nerviosa de los primeros vuelos: ahora aterrizaba con calma, confiando en sí mismo.

Los vecinos lo saludaban con naturalidad, porque sabían que su presencia era señal de seguridad.

Aquel día ocurrió algo especial: el comunicador que guardaban en la mochila de Gabi pitó con un sonido nuevo.

Llevaba el emblema azul y dorado de la Guardia Azul, una unidad que coordinaba policías y equipos de emergencias por todo el país.

—Mensaje entrante —anunció la voz metálica del aparato—. Buenos días, Gabi y Brisna. Soy la inspectora Vega, de la Guardia Azul. Hemos seguido vuestro trabajo en las islas.

Queremos proponeros algo mayor: un programa de apoyo nacional. España os necesita. Habrá misiones en la península, en Canarias y también en Ceuta y Melilla. Si aceptáis, vuestra primera misión comienza hoy en Madrid.

Gabi sintió un cosquilleo en la tripa, parecido al de un combate amistoso de karate.

Debía mantener la calma y respirar, igual que en el tatami. Miró a Brisna.

—Aceptemos —parecía decir el dragón con un bufido suave.

En la pantalla apareció la inspectora Vega y habló con voz segura.

—Habéis demostrado que sabéis ayudar y mantener la calma. A veces rescataréis, otras colaboraréis con la policía para detener a quienes hacen daño.

No se trata de pelear, sino de observar, pensar y actuar con autocontrol.

—Aceptamos —dijo Gabi con decisión.

—La misión de hoy es sencilla, pero importante —continuó la inspectora—.

En la estación de Atocha, un grupo de niños visitará el jardín tropical. Hemos recibido un aviso de una mochila sospechosa cerca de una escalera.

Puede ser un despiste o algo más. Queremos que observéis y ayudéis a que todo se resuelva con calma.

El vuelo hasta Madrid fue suave. Brisna sabía trazar rutas sin asustar a las aves ni molestar a los vecinos.

Desde arriba, los ríos parecían cintas plateadas y las carreteras líneas rectas.

Al fondo, la ciudad era un tablero lleno de piezas.

Aterrizaron cerca del Parque del Retiro y Gabi, al tocar un olmo, sintió cómo la naturaleza le devolvía fuerza y claridad.

En la estación los esperaba la agente Sofía Morales.

—Hoy vuestro trabajo es pasar desapercibidos —les dijo con una sonrisa—.

Si todo sale bien, nadie sabrá que estuvisteis aquí. Eso también es ser guardianes.

Bajo el techo de cristal, un jardín tropical llenaba el lugar de hojas enormes y tortugas tranquilas.

Sofía explicó que la temperatura y la humedad se cuidan a diario, como si un trozo de selva viajara en tren.

Gabi anotó en su cuaderno: «Un lugar puede contener otro lugar».

Cerca de la escalera mecánica, Gabi vio a un chico de unos doce años que parecía inquieto.

A su lado había una mochila gris con una cinta roja en la cremallera.

—¿Es tuya? —preguntó con voz tranquila, recordando que en karate primero se habla.

—No... la mía tiene una cinta azul —respondió el chico, nervioso.

Gabi no tocó la mochila. Inspiró hondo y llamó a Sofía por el comunicador.

La agente llegó andando como si nada y colocó una cinta para desviar el paso.

Un técnico revisó la mochila: estaba vacía, solo con carteles olvidados dentro.

El chico suspiró aliviado cuando su tío apareció con su mochila azul.

Todo había terminado sin sobresaltos.

De camino a la salida, Sofía habló con calma.

—Hoy habéis demostrado algo importante: a veces la valentía no es luchar, sino mantener la calma y pedir ayuda a tiempo.

Afuera, el comunicador vibró de nuevo. Era la inspectora Vega.

—Enhorabuena, guardianes. Este ha sido solo el primer paso.

La siguiente misión os llevará a Galicia, al faro de Finisterre. Y después vendrán Andalucía, la Comunidad Valenciana y Cataluña.

Cada lugar os enseñará algo nuevo.

Gabi acarició a Brisna y sonrió.

Sabía que, igual que en sus entrenamientos de artes marciales, cada misión sería como un nuevo kata: una forma distinta de aprender disciplina, respeto y serenidad.

Esa noche escribió en su cuaderno: «Hoy aprendí que ser guardián no es actuar rápido, sino observar, respirar y elegir el momento. Mañana, el faro nos espera».

Cerró el cuaderno con la certeza de que el viaje de los guardianes acababa de comenzar.

Capítulo 2. El faro dormido de Finisterre

El sol aún no se había puesto cuando Gabi y Brisna volaron rumbo a Galicia.

El aire fresco del Atlántico traía olor a sal y a hierba húmeda.

El destino era especial: el faro de Finisterre, conocido como el fin del mundo en la antigüedad.

La inspectora Vega les había dicho que allí los esperaba una misión distinta, más cercana a la gente.

Cuando aterrizaron junto al faro, un grupo de vecinos los recibió con sonrisas.

Había hombres y mujeres mayores que hablaban del mar como si fuera un amigo de toda la vida.

Una anciana llamada Maruxa les explicó lo que ocurría.

—Hace días que el faro tiene un fallo. A veces la luz se apaga y los barcos se inquietan. No queremos accidentes. ¿Podrías ayudarnos a revisar qué pasa?

Gabi escuchó con atención y apuntó en su cuaderno.

Recordó lo que le habían enseñado en artes marciales: primero observar, después actuar.

Brisna olfateó el aire y se acercó al edificio blanco del faro.

Un técnico local les explicó que la lámpara era muy antigua y que a veces la humedad hacía de las suyas.

Gabi, curioso como siempre, pidió subir las escaleras de caracol hasta lo más alto.

Al llegar, el niño se quedó maravillado con las vistas: el océano se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—Es como mirar el infinito —susurró.

El problema resultó ser un nido de gaviotas que había bloqueado parte de la ventilación.

Las aves no habían querido hacer daño, solo buscaban refugio.

Gabi recordó sus entrenamientos de karate: la fuerza sin control no sirve. Había que actuar con calma.

—No podemos echarlas de golpe —dijo—. Vamos a mover el nido con cuidado y a poner un soporte para que no vuelvan a quedar atrapadas.

Los vecinos, sorprendidos por la idea, colaboraron.

Entre todos colocaron una caja de madera en un rincón seguro, y Brisna con su gran ala ayudó a apartar las ramas.

Las gaviotas aceptaron el cambio sin problemas.

Cuando el faro volvió a encenderse, un rayo de luz barrió el horizonte.

Los aplausos de los vecinos hicieron sonrojar a Gabi.

Maruxa le acarició la cabeza y dijo:

—Has demostrado que ser guardián no siempre es pelear ni correr, sino respetar a todos los seres, incluso a las aves.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban pan de maíz y leche caliente, los vecinos contaron a Gabi que en la antigüedad los romanos creían que más allá de Finisterre no había nada, solo un abismo.

Eso explicaba por qué lo llamaban «fin del mundo».

Gabi anotó en su cuaderno: «El mundo no termina, siempre continúa»

Antes de irse, la inspectora Vega los felicitó por el comunicador.

—Habéis traído calma a la gente. Esa también es una misión importante.

El dragón desplegó sus alas y Gabi se preparó para el siguiente viaje.

Sabía que cada lugar de España guardaba una lección, como cada kata de karate.

En Finisterre había aprendido que cuidar también es proteger.

Capítulo 3. Misión en la Alhambra

El vuelo hacia el sur llevó a Gabi y Brisna hasta Andalucía. Desde el aire, la ciudad de Granada se veía como un tablero de colores: tejados rojizos, calles estrechas y, en lo alto, una fortaleza iluminada por la luna. Era la Alhambra, un lugar lleno de historia y secretos.

La inspectora Vega les había explicado por el comunicador: —Unos ladrones intentan robar piezas antiguas en la Alhambra. Necesitamos vuestra ayuda para vigilar sin ser vistos.

Gabi acarició el cuello de Brisna y pensó en lo que había aprendido en karate: la paciencia y la observación son más fuertes que la prisa.

Al aterrizar en una colina cercana, los esperaba el agente Ramírez. Tenía la mirada firme y los saludó con un gesto serio. —La clave es moverse en silencio —les dijo—. Los ladrones no deben saber que estamos aquí.

Gabi, siempre curioso, abrió su cuaderno y anotó: “Misión: observar, anticipar, actuar solo si es necesario”. Luego miró a su alrededor. Los cipreses que rodeaban la Alhambra se mecían suavemente, y las fuentes dejaban oír el murmullo

del agua.

—Podemos vigilar desde arriba, entre las torres —sugirió Gabi. Brisna, entendiendo la idea, desplegó sus alas y los llevó a lo alto de una muralla. Allí, escondidos en la sombra, tenían una vista perfecta de los jardines del Generalife, que brillaban con reflejos plateados.

Gabi respiró hondo. Sentía que estaba dentro de un sueño lleno de agua y flores. Incluso pensó en un pequeño experimento: ¿qué pasaría si apuntaba su linterna sobre el agua de la fuente? ¿Se reflejaría igual que la luz de la luna? Anotó la idea para probarla otro día.

De pronto, dos figuras se movieron en silencio cerca de una puerta lateral. Se agachaban y miraban alrededor, intentando no ser vistos. —Ramírez, están en el ala norte —susurró Gabi por el comunicador.

El agente se deslizó como una sombra entre los muros. Gabi, mientras tanto, se mantuvo atento. Recordaba sus entrenamientos de judo: espera el momento exacto, no actúes antes de tiempo.

Los hombres forzaron la cerradura, pero un crujido del metal los delató. Gabi se tensó. —Están entrando —dijo con calma.

Ramírez hizo una señal para que esperaran. Quería atraparlos con pruebas claras. Pero cuando los ladrones

vieron a lo lejos la silueta del agente, intentaron escapar. Fue entonces cuando Brisna descendió con un movimiento ágil y se plantó firme en el camino. No rugió ni lanzó fuego, solo extendió sus alas como un muro verde imposible de atravesar.

Los ladrones, asustados, se detuvieron en seco. El agente Ramírez los redujo sin necesidad de violencia. Gabi bajó de la muralla con la misma agilidad con la que trepaba en sus entrenamientos físicos. Se acercó despacio, respirando como en las katas de karate: controlando cada movimiento.

—Habéis demostrado que a veces basta con presencia y serenidad para detener un delito —dijo Ramírez con una sonrisa.

Con los ladrones bajo custodia, la tensión desapareció. Gabi se permitió pasear un rato por los palacios. Los mosaicos de colores parecían contar historias de otros tiempos. —Cada piedra guarda memoria —murmuró, anotando de nuevo en su cuaderno.

Le llamó la atención cómo los arcos parecían dibujar estrellas y cómo el agua de las fuentes estaba pensada para refrescar los patios y dar calma a los visitantes. Observó también los jardines, llenos de flores y naranjos. Se preguntó cómo sería estudiar la forma en que el agua se movía por los canales antiguos, un experimento natural que quería entender mejor.

Antes de partir, la inspectora Vega volvió a hablar por el comunicador: —Muy bien hecho. En cada misión aprendéis algo nuevo. Hoy habéis aprendido el valor de la vigilancia tranquila.

Gabi miró a Brisna. —Es como en los entrenamientos —dijo—. No se trata solo de moverse rápido, sino de saber esperar el momento.

El dragón bufó suavemente, como si estuviera de acuerdo. Gabi escribió una última frase en su cuaderno: “Ser guardián también es escuchar el silencio”.

Al amanecer, el cielo se tiñó de naranja. Gabi y Brisna desplegaron las alas y se elevaron sobre la ciudad. Bajo ellos, la Alhambra brillaba orgullosa, como si los siglos de historia los observaran y agradecieran su ayuda.

Capítulo 4. El tren de los secretos

De regreso a Madrid, Gabi y Brisna recibieron una misión distinta. La inspectora Vega les habló por el comunicador con voz seria: —Esta noche parte desde Chamartín un tren con documentos muy importantes. Queremos que llegue a su destino sin problemas. Vuestra misión es vigilar desde el aire y apoyar al agente Ramírez en caso de peligro.

La estación de Chamartín estaba iluminada con luces blancas que brillaban en la noche. Los altavoces anunciaban trenes y la gente caminaba deprisa, arrastrando maletas. Gabi miró todo con los ojos muy abiertos. Nunca había visto tantos andenes juntos. Brisna, escondido en una zona oscura, observaba con atención.

El agente Ramírez los esperaba en un rincón discreto. —Hoy viaja un tren de alta velocidad que lleva documentos oficiales. Los ladrones podrían intentar entrar durante el trayecto. Vuestra ayuda será fundamental.

Gabi asintió y anotó en su cuaderno: “Misión: vigilar en silencio, actuar solo si es necesario”. Recordó lo aprendido en judo: la fuerza sin control no sirve, y el verdadero poder está en la calma.

El silbido del tren llenó la estación. Era un tren blanco y alargado, con luces azules en las ventanillas. —Es un AVE —explicó Ramírez—, capaz de ir a más de 300 km por hora. España tiene una de las redes de alta velocidad más largas del mundo.

El dato fascinó a Gabi, que enseguida lo escribió en su cuaderno. Luego subió a la espalda de Brisna. El dragón desplegó sus alas y voló despacio, paralelo al tren mientras salía de la estación. Desde arriba, Gabi veía cómo las vías brillaban bajo la luna.

Al poco rato, el tren tomó velocidad. El paisaje se convirtió en un borrón de campos y pueblos iluminados por farolas solitarias. Gabi disfrutaba del aire frío en la cara. —Es como una carrera de resistencia —pensó, recordando sus entrenamientos físicos. —Hay que mantener el ritmo sin agotarse.

De pronto, algo llamó su atención en un túnel próximo. Una sombra se movía con rapidez demasiado cerca del vagón de carga. —Brisna, acércate despacio —susurró.

El dragón voló bajo y Gabi se sujetó fuerte. Al llegar, descubrió a un hombre trepando por el lateral del tren. Parecía intentar forzar una puerta. Gabi respiró hondo. Recordó sus katas de karate: antes de actuar, calma y control. —Ramírez, tenemos un intruso en el vagón tres

—informó por el comunicador.

El ladrón sacó una barra de metal para hacer palanca, pero el movimiento hizo un ruido metálico que resonó en la noche. El agente Ramírez, que viajaba en el tren, corrió por el pasillo y salió al vagón. —¡Alto, policía! —gritó.

El ladrón se sobresaltó, perdió el equilibrio y casi cayó, pero logró sujetarse. Intentó huir hacia atrás, corriendo por el techo del vagón. Gabi sintió que debía ayudar. —Brisna, bájame —pidió.

El dragón descendió suavemente y Gabi saltó al techo del tren. El viento le azotaba el rostro, pero se movía ágil, como cuando entrenaba escaladas y carreras. Corrió tras el intruso, manteniendo el equilibrio con movimientos firmes, como en un ejercicio de artes marciales.

—¡Detente! —gritó Gabi. El ladrón miró hacia atrás, sorprendido de ver a un niño. Se rió con burla y aceleró. Pero no contaba con la resistencia de Gabi ni con Brisna, que volaba cerca, bloqueando su camino con un aleteo enorme.

El hombre dudó un segundo, y ese fue el momento que Ramírez aprovechó para alcanzarlo y reducirlo. No hizo falta violencia. Solo un movimiento rápido y seguro, como en judo, usando la fuerza del ladrón en su contra.

—Buen trabajo, Gabi —dijo Ramírez mientras esposaba al intruso. —Tu calma y tu aviso oportuno lo hicieron posible.

El tren siguió su camino sin retraso. Gabi se sentó un momento en el techo, respirando con fuerza. Miró las estrellas y escribió en su cuaderno: “A veces, vigilar en silencio es la mejor forma de proteger”.

Brisna se acercó y sopló aire caliente, como felicitándolo. Gabi rió y acarició el cuello de su amigo. —Gracias, compañero. Hoy hemos aprendido que la fuerza sin control no sirve de nada. La vigilancia también es cuidar.

Cuando el tren llegó a destino, los documentos estaban a salvo. La inspectora Vega apareció por el comunicador con una sonrisa. —Excelente trabajo. Habéis demostrado que la atención constante y la serenidad son armas poderosas.

Esa noche, de regreso en el cielo, Gabi pensó en todo lo ocurrido. Había corrido sobre un tren en marcha, había visto cómo la disciplina de las artes marciales podía aplicarse en la vida real y había comprobado que su dragón era más que un aliado: era un guardián silencioso.

El niño escribió la última frase del día en su cuaderno: “El tren de los secretos me enseñó que vigilar es también cuidar, y que la calma es la llave de la victoria”.

Capítulo 5. El puerto de Ceuta

El amanecer tiñó el cielo de tonos naranjas y rosados cuando Gabi y Brisna sobrevolaron el mar Mediterráneo. El aire salado les golpeaba el rostro y las alas, y pronto divisaron la ciudad de Ceuta, rodeada de murallas y con el puerto repleto de barcos. Era un lugar especial: aunque estaba en África, formaba parte de España. Gabi lo anotó en su cuaderno, fascinado por la mezcla de culturas.

En el puerto los esperaba el agente Ramírez, que había viajado antes que ellos. La inspectora Vega había explicado la misión: —En los últimos días, algunos contrabandistas han intentado colar mercancía ilegal en el puerto. Queremos que vigileis desde el aire y apoyéis a la policía si ocurre algo extraño.

Ramírez saludó a Gabi con una sonrisa. —Hoy tendremos que trabajar en equipo. La confianza es lo más importante en una operación como esta.

Gabi, recordando sus entrenamientos de judo, pensó: “Sin confianza en tu compañero, no hay equilibrio”.

Desde lo alto, Brisna planeaba sobre el puerto como una gaviota gigante. Gabi observaba cada rincón: los barcos

pesqueros con redes, los ferris que llevaban coches y personas a la península, y enormes cargueros llenos de contenedores.

De repente, vio algo que llamó su atención. —Ramírez, junto al almacén azul hay movimiento sospechoso —informó por el comunicador.

El agente se acercó, y Gabi decidió bajar también. Saltó con agilidad de la espalda de Brisna y aterrizó sobre una pila de cajas. Su cuerpo reaccionó como en un entrenamiento físico: firmeza en las piernas, brazos listos, respiración tranquila.

Desde allí pudo ver a dos hombres intentando abrir un contenedor con una palanca. Estaban nerviosos y miraban a todas partes. Gabi se deslizó silenciosamente, como en una kata de karate. No quería ser descubierto antes de tiempo.

—Están forzando el candado —susurró.

Ramírez apareció entonces, acompañado de otro agente. —¡Alto, policía! —gritó. Los hombres intentaron huir, corriendo entre las cajas.

Gabi reaccionó rápido. Corrió tras uno de ellos, saltando entre barriles y esquivando sogas. El entrenamiento físico le daba ventaja, y pronto logró alcanzarlo. Recordó lo aprendido en judo: no se trata de fuerza bruta, sino de usar el impulso del otro. Cuando el hombre tropezó con una caja, Gabi lo

sujetó del brazo y, con un movimiento controlado, lo hizo caer sin hacerle daño.

—No intentes escapar —dijo con voz firme.

El contrabandista se quedó en el suelo, sorprendido de que un niño lo hubiera detenido con tanta destreza. Gabi lo mantuvo quieto hasta que llegó un agente para esposarlo.

Al mismo tiempo, Brisna había bloqueado el paso del segundo ladrón, extendiendo sus alas como un muro. El hombre se detuvo, asustado, y levantó las manos. La policía lo arrestó sin dificultad.

Cuando todo terminó, Ramírez se acercó a Gabi y le puso una mano en el hombro. —Has demostrado que la confianza en tus habilidades y en tus compañeros es lo que hace que una misión salga bien.

Gabi sonrió y acarició el cuello de Brisna. —No lo habría logrado sin él —dijo.

Antes de marcharse, se tomó un momento para observar el puerto. Los barcos entraban y salían, las gaviotas volaban en círculos y el agua del mar brillaba bajo el sol. Anotó en su cuaderno: “Ceuta, ciudad entre dos continentes. El mar une, no separa”.

De regreso al cielo, la inspectora Vega habló por el comunicador. —Buen trabajo. Habéis aprendido que confiar en los demás es tan importante como ser fuerte. Esa es la clave de los guardianes.

Gabi pensó en todo lo que había vivido ese día. Había corrido, saltado, usado la calma de las artes marciales y trabajado codo con codo con sus compañeros. Se sintió orgulloso, no por haber detenido a un ladrón, sino por haber demostrado que la confianza hace invencible a un equipo.

En su cuaderno escribió la última frase del día: “En Ceuta aprendí que la confianza nos une y nos hace más fuertes”.

Capítulo 6. La tormenta en Menorca

El mar estaba tranquilo cuando Gabi y Brisna se acercaron a la isla de Menorca. Desde el aire, la isla parecía un tesoro verde rodeado de aguas turquesa. Se veían calas escondidas, playas de arena blanca y senderos que se adentraban entre pinares. Gabi sonrió al anotar en su cuaderno: “Menorca, Reserva de la Biosfera por su riqueza natural”.

Pero al acercarse más, notaron algo extraño. Varias personas agitaban los brazos desde una cala pequeña. En la orilla había un barco encallado, medio torcido sobre las rocas. La tormenta de la noche anterior lo había arrastrado y ahora la tripulación necesitaba ayuda.

Gabi acarició a Brisna. —Vamos a ver qué ocurre.

Descendieron y aterrizaron suavemente en la arena. Un hombre mayor se acercó corriendo. —Gracias por venir. El barco quedó atrapado entre las rocas. No podemos moverlo y dentro todavía quedan algunas cosas importantes.

Gabi observó la escena con atención. El mar estaba en calma, pero el barco se balanceaba peligrosamente. Recordó una lección de karate: “El equilibrio es la base de toda

acción”.

—Podemos ayudar a sacar lo que queda dentro —dijo Gabi.

—Brisna puede moverlo un poco, pero necesitamos trabajar en equipo.

Los vecinos de la cala asintieron. Gabi dejó su cuaderno en la arena y corrió hacia el barco. Trepó por la madera húmeda usando toda su fuerza física. Se sentía como en un entrenamiento de escalada. Brisna, mientras tanto, se colocó detrás del casco y empujó suavemente con su hocico, estabilizando la embarcación.

Dentro del barco, Gabi encontró cajas de alimentos y medicinas. —¡Hay que sacarlas! —gritó. Un grupo de jóvenes se organizó en cadena para pasarlas de mano en mano hasta la orilla.

Gabi respiraba hondo, manteniendo la calma. Cada movimiento recordaba a una kata: pasos firmes, coordinación y concentración. El sudor le caía por la frente, pero no se detenía.

De pronto, escuchó un sonido crujiente. El barco se inclinaba más. —¡Rápido, salid! —avisó. Todos lograron salir a tiempo, justo antes de que el mástil se partiera y cayera sobre la cubierta.

—Menos mal que estabas atento —dijo una mujer joven, agradecida. —Si no, alguien habría resultado herido.

Gabi sonrió con modestia. —No es solo fuerza, es estar concentrado.

Brisna extendió sus alas y empujó con cuidado el barco hacia un lado. Entre todos lograron moverlo un poco más, lo suficiente para que quedara fijo y no siguiera golpeando contra las rocas.

Cuando terminaron, los vecinos aplaudieron. Habían salvado lo más importante: las personas y los suministros.

Gabi se tomó un momento para observar el lugar. El agua transparente dejaba ver peces de colores nadando entre las rocas. En el cielo volaban gaviotas y cormoranes. La naturaleza de Menorca parecía agradecer el esfuerzo humano por cuidar de lo que se tenía.

Un niño pequeño se acercó con timidez y le dio la mano. —Gracias por ayudarnos. Yo tenía miedo.

Gabi se agachó para mirarlo a los ojos. —Está bien tener miedo. Lo importante es no dejar que te paralice. Cuando trabajamos juntos, el miedo se convierte en fuerza.

El niño sonrió, animado por sus palabras.

Al caer la tarde, los mayores invitaron a Gabi y a Brisna a compartir una merienda junto a la playa. Mientras comían pan con queso y frutas, el sol pintaba el horizonte de tonos naranjas y violetas.

Gabi escribió en su cuaderno: “Hoy aprendí que la solidaridad nos une. En Menorca todos colaboramos, y la isla nos devolvió calma y belleza”.

La inspectora Vega apareció en el comunicador con voz satisfecha. —Excelente trabajo. No siempre se trata de detener delincuentes. A veces, ser guardianes significa ayudar a la gente a superar una dificultad.

Gabi acarició el cuello de Brisna. —Lo más importante es que nadie salió herido. Y aprendimos que la empatía es tan poderosa como la fuerza.

Cuando alzaron el vuelo de regreso, Menorca quedó atrás, iluminada por la luna. Gabi pensó en todo lo que había visto: la naturaleza intacta, la cooperación de la gente, la tranquilidad que llega después de la tormenta. Y supo que esa experiencia lo acompañaría siempre.

Escribió la última frase de la jornada en su cuaderno: “En Menorca descubrí que ayudar a otros nos hace más fuertes y que la naturaleza nos enseña a ser pacientes y solidarios”.

Capítulo 7. El misterio del Oceanogràfic

El sol brillaba con fuerza cuando Gabi y Brisna llegaron a Valencia. Desde el aire, la Ciudad de las Artes y las Ciencias parecía un mundo del futuro: edificios blancos, curvas elegantes y grandes espejos de agua que reflejaban el cielo azul. Brisna descendió lentamente y Gabi miró fascinado. —Es increíble, parece un barco gigante varado en tierra —escribió en su cuaderno.

La inspectora Vega los esperaba junto al Oceanogràfic, el mayor acuario de Europa. —Tenemos un problema —explicó con seriedad—. Alguien ha manipulado los sistemas de filtrado de agua. Si no lo arreglamos, muchos animales marinos podrían enfermar. Necesitamos vuestra ayuda para descubrir quién lo hizo y evitar más daños.

Gabi frunció el ceño. Amaba la naturaleza y los animales. Saber que estaban en peligro le llenó de responsabilidad. —No dejaremos que les ocurra nada —dijo con firmeza.

Acompañados por el agente Ramírez, entraron en el Oceanogràfic. Los túneles de cristal mostraban tiburones, rayas y peces de todos los colores nadando tranquilamente. Gabi no podía evitar sonreír al ver cómo las mantas gigantes parecían volar bajo el agua. —Es como estar en el mar sin

mojarse —susurró.

Pasaron también por el área de los pingüinos. El aire frío y los bloques de hielo artificiales les recordaban la importancia de mantener cada ecosistema en equilibrio. —Aquí cada detalle importa —explicó Ramírez—. Si el agua no está limpia, estos animales lo sentirán enseguida. Gabi tomó nota: “La naturaleza depende de nuestro cuidado constante”.

De pronto, Ramírez señaló unas huellas húmedas en el suelo. —Parece que alguien estuvo aquí de noche —dijo. Gabi se agachó, tocó con cuidado y escribió en su cuaderno: “Rastro fresco, dirección hacia la sala de control”.

Se movieron rápido. Gabi corría ligero, como en un entrenamiento físico, esquivando a los visitantes sin perder el equilibrio. Recordó una lección de karate: la disciplina está en controlar la velocidad y el silencio. Así, llegó primero a la sala de control.

Allí encontraron la puerta entreabierta. Dentro, un hombre manipulaba los ordenadores. Al verlos, intentó escapar. Corrió hacia una escalera de emergencia. —¡Detente! —gritó Vega. Pero el intruso era veloz.

Gabi no dudó. —Brisna, por el aire. Yo voy por dentro —ordenó. El dragón voló por el exterior del edificio, mientras Gabi subía por las escaleras como si fuera una prueba de resistencia. El intruso trató de despistarlo, escondiéndose

entre grupos de visitantes y recorriendo pasillos oscuros. Pero Gabi mantenía la calma. Recordaba sus entrenamientos: respirar, no gastar energía en movimientos inútiles, observar el entorno.

El hombre salió a una terraza, creyendo estar libre. Desde allí se veía el lago artificial, donde patos y cisnes nadaban ajenos a todo. El ladrón corrió hacia la barandilla, pero Brisna apareció de golpe, bloqueando el paso con sus alas extendidas. El ladrón retrocedió, tropezó y estuvo a punto de caer al agua.

Gabi reaccionó a tiempo. Saltó hacia adelante y lo sujetó del brazo, aplicando un movimiento aprendido en judo para mantener el equilibrio de ambos. —La fuerza también es cuidar, no solo detener —le dijo con serenidad.

Ramírez llegó enseguida y esposó al saboteador. Vega revisó la sala de control y confirmó que todo podía volver a la normalidad. Los sistemas de agua funcionaron otra vez y los animales marinos estaban a salvo.

Al salir, Gabi se detuvo un momento frente al lago artificial. Vio cómo los patos nadaban tranquilos, cómo la gente se relajaba en los bancos cercanos y cómo los niños reían viendo a Brisna beber agua. Escribió en su cuaderno: “La responsabilidad es cuidar de lo que tenemos, incluso si no es nuestro”.

La inspectora Vega sonrió. —Has demostrado que la verdadera fuerza es proteger a los más indefensos.

Esa tarde, Gabi y Brisna sobrevolaron los Jardines del Turia, un río seco convertido en parque lleno de árboles, campos de deporte y niños jugando. Gabi sintió que todo estaba conectado: la naturaleza, los animales y las personas. Se detuvo un momento para observar a un grupo de chicos entrenando en un tatami portátil. Le recordó sus propias prácticas de artes marciales: concentración, respeto y esfuerzo.

—Cada entrenamiento me prepara para momentos como este —reflexionó en voz baja—. No solo se trata de aprender a defenderse, sino de estar listo para proteger lo que importa.

Antes de marcharse, anotó una última frase: “En Valencia aprendí que ser responsable significa proteger la vida en todas sus formas, y que la disciplina de cada día construye la confianza para los grandes retos”.

Capítulo 8. El secreto del barrio gótico

El sol de la tarde iluminaba las torres de la Sagrada Familia, que aún siguen creciendo como árboles de piedra. Desde el aire, Gabi pensó que aquello parecía un bosque extraño que avanzaba muy despacio. —Algún día la terminarán —murmuró, apuntando en su cuaderno—. Es uno de los monumentos más visitados de Europa... y todavía está en construcción.

Brisna descendió planeando hasta el barrio gótico, donde las calles son tan estrechas que la sombra lo cubre todo aunque el cielo esté claro. Allí, en una plaza pequeña con una fuente, los esperaban la inspectora Vega y el agente Ramírez.

—Tenemos una misión delicada —explicó Vega—. En el mercado de la Boquería y en calles cercanas se están produciendo pequeños robos: carteras, móviles, algunos bolsos. No parece violento, pero causa miedo. Queremos detener a los culpables sin asustar a los vecinos ni a los turistas.

Gabi respiró hondo. Le gustaban los retos en los que había que usar la mente y el cuerpo a la vez. Recordó una frase de su maestro de judo: “La justicia empieza por mirar con calma.” —Observemos primero —dijo—. En los mercados las

prisas confunden.

Entraron en la Boquería. Los colores eran un festival: montañas de frutas brillantes, puestos de zumos con vasos de mil tonos, olas de olor a pescado fresco y a especias. Gabi caminó despacio, atento a las manos y a las miradas. Brisna, para no llamar la atención, se quedó en la salida, como un enorme perro verde tumbado junto a la sombra del arco.

De pronto, escucharon un grito. —¡Mi cartera! —exclamó una mujer—. ¡La llevaba en la mochila! Gabi giró la cabeza y vio un reflejo metálico, una mano que desaparecía entre dos puestos y un chico con gorra oscura que se escabullía hacia un pasillo lateral. —¡Por allí! —avisó.

Echó a correr. Su entrenamiento físico le ayudó a moverse con agilidad entre cajas y cestas. Saltó un pequeño charco de agua del puesto de pescados, giró el cuerpo para no chocar con un carro y se deslizó por el hueco que dejaban dos turistas. El chico con gorra miró atrás; aceleró. Gabi no gastó toda su energía. Respira, controla, guarda fuerzas para el final, se repitió.

El ladrón salió a la calle. En el barrio gótico, las piedras del suelo estaban gastadas por los siglos. Gabi notó cómo resbalaban un poco y ajustó su zancada, como cuando hacía katas en un tatami nuevo. Al fondo, el pasadizo se abría a

una plaza con palomas. Brisna, que había rodeado los tejados desde arriba, descendió y se posó en una cornisa, observando.

—¡Detente! —gritó el agente Ramírez, que venía detrás. El chico amagó para la izquierda, pero cambió a la derecha y casi tiró una cesta de pan. Dos niños se apartaron sorprendidos. Gabi aprovechó la curva. No lo empujó: colocó el cuerpo delante, ofreció una barrera suave y, cuando el otro intentó pasar, giró la cadera y desvió su impulso, como en aikido. El chico perdió el equilibrio y cayó sentado, más asustado que herido.

—No voy a hacerte daño —dijo Gabi, con voz clara—. Devuelve lo que no es tuyo. El muchacho dudó. Miró sus manos. De una chaqueta sacó dos carteras y un móvil. Gabi las tomó sin brusquedad. Ramírez llegó y se arrodilló a su lado.

Entonces pasó algo inesperado: del otro extremo de la plaza salió corriendo una chica con sudadera roja. —¡Suéltalo! —gritó, y echó a correr hacia Gabi para arrebatarse las carteras. Gabi la vio venir como si el tiempo se hiciera lento. No violencia. Control. Dejó un pie atrás, bajó el centro de gravedad, bloqueó con el antebrazo sin golpear y giró el torso. La chica se desequilibró y él la sujetó de la muñeca, guiando su caída para que no se hiciera daño.

—Basta —dijo Gabi—. La honestidad no duele. Mentir y robar, sí. Brisna descendió y, con un aleteo suave, levantó polvo en el centro de la plaza. Las palomas salieron volando en círculo, como un remolino gris. La gente se detuvo; algunos aplaudieron en silencio. La inspectora Vega apareció y ayudó a Ramírez a levantar a los dos jóvenes.

—Hay más —susurró la chica, arrepentida—. Nos espera alguien cerca de la catedral. Se queda con lo robado y nos da monedas. Vega asintió. —Gracias por decir la verdad. Eso es un comienzo.

Caminaron por calles que olían a pan recién hecho. Detrás de una esquina, un hombre con mochila esperaba nervioso. Al ver a la policía y al dragón, trató de correr, pero Brisna se adelantó y plantó su sombra sobre él. La mochila cayó al suelo; dentro había carteras, móviles y algunos recuerdos de tienda. El hombre bajó la cabeza.

—Esto termina aquí —dijo la inspectora—. Devolvemos todo y hablaremos con las personas afectadas. Mientras ordenaban los objetos, la mujer de la Boquería apareció con la cara emocionada. —¡Mi cartera! —dijo—. No es por el dinero... Aquí guardo una foto de mi abuela.

Gabi se la entregó con cuidado, casi como si devolviera un tesoro. —La justicia no es castigar solamente —explicó—. Es cuidar lo que de verdad importa.

La tarde avanzó. Entregaron cada cosa a su dueño. En algunos casos, no encontraron a la persona y lo registraron todo para devolverlo después. Cuando terminaron, el barrio gótico parecía respirar más tranquilo. Los dos jóvenes se habían disculpado; no justificaba lo que hicieron, pero la verdad empezaba a abrir una puerta nueva.

—Buen trabajo —dijo la inspectora Vega a Gabi—. Has resuelto la persecución sin violencia y has recordado algo esencial: la justicia necesita calma. Gabi acarició el cuello de Brisna. —También necesita honestidad —añadió—. Decir la verdad a tiempo ahorra mucho dolor.

Para despedirse de la ciudad, subieron hasta Montjuïc. Desde allí, el Mediterráneo parecía una manta azul que llegaba hasta el horizonte. El viento traía olor a sal y a pino. Un grupo de atletas entrenaba en las pistas; Gabi imitó sus estiramientos y sintió ese cosquilleo agradable de los músculos después del esfuerzo.

—Hoy he corrido, he usado lo que aprendí en artes marciales y he escuchado con atención —escribió en su cuaderno—. La naturaleza también está en las ciudades: en el viento que sube la colina, en las palomas que vuelan juntas, en el ritmo de la gente cuando respira aliviada.

Brisna soltó un bufido contento. La Sagrada Familia se veía a lo lejos, con grúas que parecían jirafas de metal. —¿Sabes?

—dijo Gabi—. Esa basílica es como la justicia: se construye poco a poco, con paciencia y con manos que trabajan juntas.

El dragón inclinó la cabeza, como si entendiera. El sol se escondió y la ciudad se encendió con miles de luces. Gabi guardó el cuaderno y, antes de subir a lomos de su amigo, dijo en voz baja: —En Barcelona he aprendido que la honestidad sostiene la confianza, y que la justicia es el equilibrio entre fuerza y compasión. Cuando cuidamos lo de todos, cada plaza y cada calle se vuelve un lugar seguro.

Brisna alzó el vuelo. Las torres de la Sagrada Familia quedaron atrás, creciendo un poco más en el recuerdo, como crece la verdad cuando alguien decide decirla.

Capítulo 9. El poder de la tormenta

El cielo de Tenerife estaba cubierto de nubes grises cuando Gabi y Brisna sobrevolaron la isla. Desde lo alto, el Teide se erguía majestuoso, con sus 3.715 metros que lo convierten en el pico más alto de España y en Patrimonio de la Humanidad. Gabi lo miró fascinado. —Parece un guardián eterno —anotó en su cuaderno—. Aunque el cielo cambie, él sigue firme.

Pero esa tarde el viento soplaba con violencia y el mar rugía. Rayos caían en la distancia y el olor a sal se mezclaba con el de la tormenta. Brisna descendió hasta el puerto, donde la inspectora Vega los esperaba junto a los bomberos y la Guardia Civil.

—Tenemos una emergencia —explicó Vega—. Varios barcos de pescadores quedaron atrapados mar adentro. Las olas son enormes y necesitamos toda la ayuda posible para rescatarlos.

Gabi sintió un escalofrío. Recordó una enseñanza de karate: “El valor no es la ausencia de miedo, sino la calma para enfrentarlo.”

Brisna desplegó sus alas y se lanzó hacia el mar. Desde arriba, Gabi pudo ver varias pequeñas embarcaciones zarandeadas por las olas. Un relámpago iluminó la escena y el agua parecía un monstruo inquieto. —¡Allí! —gritó Gabi, señalando la barca más cercana.

Descendieron con fuerza. Los bomberos habían preparado una cuerda gruesa. Gabi la sujetó y, con un salto ágil, bajó hasta la cubierta del barco. El suelo resbalaba y las olas levantaban espuma. Dos pescadores se aferraban al mástil. —¡Tranquilos! —dijo Gabi con voz firme—. Brisna y yo os ayudaremos a salir de aquí.

Con la ayuda del dragón, lograron atar la cuerda y arrastrar la embarcación hasta aguas más tranquilas. Pero aún quedaban más barcos. Brisna alzó el vuelo de nuevo, y Gabi sintió cómo cada ráfaga de viento ponía a prueba su equilibrio.

El segundo barco estaba a punto de chocar contra unas rocas. Gabi bajó con rapidez, usando la fuerza de sus brazos para mover cajas y liberar el paso de los pescadores hacia la cuerda de rescate. El mar rugía, pero él se repetía: “Respira, controla, cada movimiento con calma”.

Los bomberos, desde tierra, coordinaban los esfuerzos con señales de luz. Gabi entendió que no estaban solos: la serenidad también se construye en equipo. Cada vez que un

pescador alcanzaba tierra firme, alguien lo abrazaba entre lágrimas.

Cuando parecía que todo estaba bajo control, escucharon un grito: —¡Aquí falta alguien! ¡No encuentro a mi hermano!

Gabi miró a Vega. —Déjame buscarlo. Brisna puede ver mejor desde el aire. —Ve con cuidado —respondió ella—. El mar no perdona distracciones.

Sobrevolaron las olas. Gabi mantenía la vista fija, buscando entre la espuma. De pronto, distinguió una figura aferrada a un trozo de madera. —¡Allí! —señaló. Brisna descendió y Gabi extendió la mano. El joven pescador, agotado, logró agarrarse y fue elevado con cuidado hasta la costa.

Al llegar al puerto, la familia corrió a abrazarlo. Las lágrimas se mezclaban con la lluvia. —Nunca lo olvidaré —dijo uno de ellos a Gabi—. Nos habéis salvado a todos.

Pero la misión no había terminado. Una madre lloraba desesperada. —¡Mi hijo! ¡No lo encuentro! Estaba jugando cerca del muelle cuando empezó la tormenta.

Gabi no dudó. Se subió a lomos de Brisna y juntos sobrevolaron la costa. El viento golpeaba fuerte, pero Gabi mantenía la calma. Observaba cada rincón, cada sombra. Finalmente, vio a un niño refugiado bajo un árbol, con los ojos llenos de lágrimas.

—Todo está bien —le dijo Gabi al aterrizar—. Tu madre te espera. Le ofreció la mano, y el niño la tomó con alivio. Brisna lanzó un rugido suave, como una canción tranquilizadora.

De regreso en el puerto, la madre abrazó a su hijo con fuerza. Las lágrimas se transformaron en sonrisa. —Gracias, guardianes. Habéis devuelto la esperanza en medio del miedo.

El temporal empezaba a remitir. Las nubes se abrían lentamente y, sobre el Teide, apareció un arcoíris inmenso. El contraste entre la montaña firme y los colores brillantes impresionó a todos. Gabi lo miró maravillado. —Después de la tormenta, siempre llega la calma —susurró, recordando otra lección de artes marciales: la paz también se entrena.

La inspectora Vega se acercó y puso una mano en su hombro. —Has demostrado que la verdadera valentía es mantener la serenidad cuando todo parece perderse. Eso inspira a todos los que te rodean.

Gabi acarició el cuello de Brisna y escribió la última frase del día en su cuaderno: “En Tenerife aprendí que la calma y la valentía pueden vencer hasta la tormenta más oscura. Igual que el Teide, hay que mantenerse firme, aunque el viento sople con fuerza.”

Brisna extendió sus alas y rugió hacia el cielo despejado, como si también celebrara la victoria de la calma sobre el miedo.

Capítulo 10. El último vuelo

El cielo de Madrid estaba despejado cuando Gabi y Brisna llegaron a la capital para su última misión como guardianes. Desde lo alto, la Plaza Mayor aparecía como un cuadrado perfecto rodeado de edificios con balcones y tejados rojos. En el centro, ya se reunía una multitud. Gabi anotó en su cuaderno: “La Plaza Mayor, construida en el siglo XVII, ha sido escenario de mercados, celebraciones y encuentros durante siglos.”

Brisna descendió suavemente, planeando como si también quisiera saborear cada instante. En el suelo, la inspectora Vega y el agente Ramírez esperaban junto a representantes de la policía y autoridades locales. Habían organizado un homenaje nacional para agradecer a los guardianes su ayuda a lo largo de todo el territorio español.

Cuando Gabi puso un pie en el suelo, una ovación lo envolvió. Niños agitaban pequeñas banderas, familias enteras aplaudían, y muchos sostenían carteles que decían: “Gracias, guardianes”. Gabi sintió cómo el corazón le latía fuerte. Recordaba cada aventura: Ceuta, Menorca, Valencia, Cataluña, Canarias... Cada lugar había sido una lección.

Un representante tomó la palabra con voz solemne. —Hoy rendimos homenaje a Gabi y a Brisna, quienes han protegido a personas y naturaleza con el corazón de verdaderos guardianes. Sus acciones no solo han evitado peligros, también han sembrado valores de amistad, justicia y esperanza.

Un niño pequeño se acercó con timidez, entregando a Gabi una medalla hecha de cartón dorado. —Para ti —dijo—. Porque eres mi héroe. Gabi sonrió y se inclinó para recibirla. —Gracias. Pero recuerda, un héroe de verdad es quien cuida de los demás todos los días.

Después del acto oficial, comenzaron a compartir recuerdos. La inspectora Vega se acercó. —Cuando llegasteis a Ceuta, pensaba que seríais demasiado jóvenes para afrontar el peligro. Pero demostraste que la confianza puede ser más fuerte que cualquier muro. —Y en Menorca —añadió Ramírez— nos enseñasteis que la solidaridad une incluso a los que no se conocen. —En Valencia —recordó Vega— lograste atrapar a unos ladrones sin violencia, demostrando que la responsabilidad ilumina los caminos más oscuros. —Y en Barcelona —dijo otra agente—, tu calma y tu justicia nos inspiraron.

Cada palabra era como un hilo que cosía los recuerdos en un tapiz enorme. Gabi acarició el cuello de Brisna. —Nunca lo habría logrado sin él —confesó—. Juntos aprendimos que la

fuerza y la calma deben caminar unidas.

En un rincón, varios niños miraban a Brisna con ojos brillantes. Una niña se acercó y preguntó: —¿Crees que yo también podría ser guardiana algún día? —Claro que sí —respondió Gabi—. Ser guardián no depende de tener alas ni de ser fuerte. Se trata de cuidar, ser honesto y no rendirse. Tú ya tienes ese poder dentro de ti.

La niña sonrió y abrazó al dragón, que respondió con un bufido cariñoso. La multitud aplaudió. Brisna parecía entender que aquel momento era único: no era solo un homenaje, era una despedida.

Al caer la tarde, Gabi pidió un momento de calma. Se apartó hacia un lado de la plaza y abrió su cuaderno. Escribió: “Hoy cierro un ciclo. Aprendí que la confianza, la solidaridad, la responsabilidad, la justicia, la calma y la valentía son alas invisibles que cualquiera puede tener.”

Después guardó el cuaderno y realizó unos estiramientos, como hacía antes de cada entrenamiento de artes marciales. Sus músculos respondieron con la memoria de cientos de prácticas. —El cuerpo recuerda —pensó—. Igual que el corazón recuerda lo que aprendemos en cada aventura.

Cuando el sol empezó a ponerse, Gabi y Brisna dieron un último vuelo sobre la ciudad. Pasaron junto al Palacio Real, sobrevolaron la Gran Vía iluminada y giraron hacia el río

Manzanares. Desde arriba, las luces de Madrid parecían un mapa de estrellas en la tierra.

En el aire, Gabi repasó en su mente cada lección: en Ceuta, la confianza; en Menorca, la solidaridad; en Valencia, la responsabilidad; en Barcelona, la justicia; en Canarias, la calma y la valentía. Todas esas experiencias formaban parte de él ahora. Ya no era solo un niño: era alguien que había aprendido a ser guardián del bien.

—Gracias, amigo —susurró acariciando el cuello de Brisna—. Este no es el final de nuestras aventuras, pero sí de esta misión como guardianes. Y lo hemos hecho juntos.

Al regresar a la Plaza Mayor, la multitud los esperaba para despedirse. Con un rugido suave, Brisna se inclinó como si hiciera una reverencia. Los aplausos retumbaron en las paredes antiguas de la plaza. Gabi levantó la mano en señal de gratitud. No quería que la gente lo recordara solo como un héroe, sino como un niño que había aprendido a cuidar.

Esa noche, mientras la ciudad se iluminaba, Gabi abrió su cuaderno por última vez en la misión de los guardianes. Escribió: “En Madrid comprendí que cada final es también un comienzo. Y que los guardianes viven en cada persona que decide proteger a los demás con bondad y valentía.”

Con esa reflexión cerró el cuaderno. Brisna extendió sus alas y juntos miraron el horizonte. El viento de Madrid era distinto,

pero traía el mismo mensaje que en todas sus aventuras: lo importante no era volar alto, sino volar con el corazón lleno de gratitud.

El cielo nocturno se llenó de estrellas, y en el silencio compartido Gabi supo que aquel era el cierre de la saga. No necesitaba más palabras. El legado de los guardianes ya estaba sembrado en quienes habían escuchado su historia.